

Domingo Melfi

En las riberas del Paraná-Guazú

(Pequeñas notas de viaje)

III



E la ciudad parte un día la racha civilizadora. Al fin, la ciudad va a ser la dueña del vasto desierto pastoril. No lo ha vencido ni por la fuerza ni por la persuasión. Ha empleado los elementos sutiles de la penetración europeizante. Aprovechará, sí, la campaña para extraer de ella los impulsos dominadores con los cuales derribará los antiguos señoríos gauchescos. Es la historia sin rectificaciones con que América deshace los viejos amos nativos de la tierra. No bien la civilización se encamina hacia el interior del territorio en donde impera el sentido de la vida libre e indómita, comienza también a desvanecerse la hosca existencia aventurera del señor de la pampa. El gaucho se aleja, huye, se esconde entre los breñales del norte o se somete al imperio de la fuerza que junto con el de la ciudad, emana de Europa. Todo el siglo XIX es la expresión de esta lucha, y el co-

mienzo del XX no hace sino dar el golpe de gracia al bagual moribundo.

Sólo que la campaña infiltra en el alma del cortesano o en el alma del político, la crueldad para con el adversario. El hombre de la ciudad encuentra en la campaña los elementos sanguinarios de la lucha. Mientras la ciudad es exótica, amanerada, europea, la campaña conserva los lineamientos rudos de la barbarie. Para combatir la arrogancia de los caudillos el señor de la ciudad se interna en la pampa y busca en los nativos los elementos destructores de la lucha. Cuando el cadáver del Presidente Berro es arrastrado por la Avenida 18 de Julio, con su cabeza colgante en la trasera del carro, no hace sino recordar los brutales ensañamientos del gaucho en el libre dominio de sus llanos. La lanza partiendo el corazón y el cuerpo del vencido acribillado a puntazos. Las luchas de blancos y colorados encienden una rojez turbulenta en la pampa. Toda la pampa está roja de sangre. Así pudo un novelista o viajero anglo argentino llamarla «la tierra purpúrea».

La pampa ha creado el valor temerario y la conciencia de la fuerza en el caudillo. Pero cuando la ciudad desconoce el señorío del caudillo y aspira a eliminarlo, la masa se levanta para combatir contra los doctores y cortesanos de la ciudad. El duelo a muerte se enciende frenético. El emponchado penetra de noche a la ciudad y la asalta. Todas las puertas están cerradas. El pampero humano sopla como una exhalación caliente y recorre bramando las residencias de los enemi-

gos de la campaña. Así se abate luego la soberbia bizantina, la retórica del jurista que hace caso omiso del caudillo, del general, de la masa rural que cree en sus hombres providenciales. A tal punto llega la violencia entre los amos de la ciudad y los amos de la campaña, que no hay posibilidad sino de una tiranía para terminar con el doble caudillismo que aplasta toda la anchura del territorio. Y así surge Latorre, imponiendo la fuerza ciega del mando, absorbiendo todos los elementos de la lucha, aplastando y erigiendo en su persona el mando único. Blancos y colorados se inclinan ante su poder. La masa rural se siente amparada, la ciudad quiere el reposo y Latorre se lo da. Latorre coarta todas las libertades y el pueblo se somete sin réplica. Ha surgido lo que todos en la inconsciencia deseaban, para acabar de una vez con las violencias desencadenadas de la guerra civil. Ni un solo tiro ha necesitado Latorre para someter al gobierno de los juristas. La retórica los había debilitado. El ejército de los bandoleros, es decir, de los gauchos y semigauchos, está entero a las órdenes del dictador. La tiranía está, pues, acordada por todo el país. El país está sometido y las fuerzas agrícolas como las guerreras de la ciudad se entregan por cansancio a la voluntad del general omnímodo.



Así surgen en América los caudillos de potencia. No los elige nadie. Los eligen las circunstancias. Son reflejos de infinitos caudillos menores, sombras de los ge-

nerales vencedores en las guerras, que en la paz se convierten, por ambición, en amos y señores de las regiones. Cuando uno solo concentra por la sumisión de todos, el poder central, abatiendo tanto al caudillo de la pampa como al caudillo de la ciudad, se produce el fenómeno del tirano. Pero a este fenómeno se añade la soberbia natural del militar que está sostenido por la fuerza de sus legiones. El militarismo, en el cual descansa la suerte del país, se erige insensiblemente en árbitro de todas las voluntades. Para neutralizarlo es preciso que a su vez surja un caudillo civil que lo destruya. La campaña, vencida por Latorre en la derrota de los caudillejos menores y la ciudad, vencida en el gobierno de los juristas, termina con la contienda entre la ciudad y la campaña.

El político, a su vez, sin olvidar las sutilezas del cambulloneo, infiltra lentamente en el militarismo la sombra venenosa de la descomposición. Triunfa más tarde el caudillo jurista, por eliminación del militar estólido, a quien confunde y arroja en el ridículo. Tal fué el caso de Tajés, soldado inepto, sucesor de Latorre. Entonces surge en Uruguay el presidencialismo, al cual la Constitución otorga un poder omnímodo. Tal fué el caso del civil Herrera y Obes, sometiendo todas las fuerzas en su mano. Va a la campaña y la domina. Domina en la ciudad, pero es al fin la ciudad la que se impone sobre la campaña, y esta vez para siempre.



Toda esta lucha entre los doctores y los caudillos, entre las fuerzas tradicionales y las fuerzas nuevas, entre la liberalidad y el conservadurismo, tiene un sello de ceñida vehemencia. El escenario gigantesco de la pampa le presta una alucinante emoción. Da margen para las hazañas y las aventuras, para que los caudillos impongan la sugestión de su fuerza y de su astucia, de su valor y de su temeridad. La tierra rica, las manadas de vacunos que ondulan sobre las llanuras verdes, el encanto de una existencia preñada de sensación y de vértigo, la posesión de la vastedad sin fronteras, el poder discurrir sin amos de un pago a otro, levantando masas de gauchos para arrojarlas en la vorágine sangrienta de la lucha, la salvaje emoción de la muerte lograda en la punta de la lanza o en el torbellino estrecho de la boleadora, el devorar en un día distancias casi fantásticas en el lomo febril del bagual, todo infunde en los episodios pamperos, en los hombres criados en la soledad y en el peligro una feroz seguridad en el propio valor.

En cambio, en la tierra nuestra de los cerros, esta grandeza se contiene y se ciñe en la sobriedad y en el dolor de la fatalidad. Hay una como voluntad de silencio, una como afanosa búsqueda de abrigo en la escarpa filuda y en la ribera del río cantarino. El hombre está en asecho de posibilidades. El mar está más allá de las estrechas cadenas de montañas. Se diría que una raza distinta crece en los valles verdes y otra en los costados del mar hirsuto. Una va sobre las arrugas de

las cordilleras pastoreando las ovejas y las cabras, bajándolas en invierno al llano abrigado, y la otra se extiende por los desiertos, en los cerrillajes crispados que guardan en su vientre obscuro las vivas láminas de oro y plata. La tierra entrega al hombre una epopeya ceñida en ásperos terronales de sudor. Pero al mismo tiempo debilita la cohesión y el envión colectivo. Como si el paisaje le diera encanto sólo para cruzarlo bajo la sombra crespada de sus árboles, se encamina abandonándolo todo, hasta las gargantas oprimidas en donde se esconde el codiciado tesoro. El hombre se entrega a la errancia, vagabundea de un extremo a otro, echa pequeñas raíces, y un día las rompe y se abandona otra vez al caprichoso azar de la fortuna.

La ciudad no le infunde pánico ni una sola vez. No la odia, porque sienta el dominio de los doctores diabólicos. La persigue en su fantasía. Hasta ha crecido en la leyenda la ciudad áurea que guarda tesoros fabulosos y mujeres como ángeles. La ciudad atrae al vagabundo. La penetra por el suburbio con temor, y de ordinario sólo el suburbio le vale. Allí está la peonada que viene del campo; allí los soldados con los que se siente hermano, porque nacieron de su misma entraña; allí las mujeres que le mienten o le entregan una untada de miel, hecha de las peras del huerto, en sus labios gruesos y sabrosos.

Vuelve después al campo sin angustia. Encorvado bajo su apero, con su poncho desteñido y desflecado, encima del caballo que trota levantando nubes de

polvo, por la orilla de las alamedas frondosas, va como un arriero sin fortuna, resignado y fatalista. Lleva la tez morena y el ojo avisor sólo para las pequeñas realidades de la vida. Qué oscuro y resignado heroísmo hay, sin embargo, debajo de esa piel curtida, debajo de esa mirada movible y cazurra.

Brota de una raza de andariegos, belicosa y violenta para defender su pedazo de tierra. Tan aventurera como la que vino a conquistarla. En los días de sol, en los estíos, bajo la fresca sombra de las higueras, se encoge en su perfil de estatua de greda y allí permanece mientras pasa el hervor del sol. Seguramente ha estado en el norte, en el sur, en el mar, en el cuartel. ¿Qué más da? Conoce ya la existencia aventurera, en las minas, desventrando cerros, o en los mares surcando en lanchones que causan risa, los oleajes espesos y gruesos, con los cuales lucha día y noche sin arredrar. Se ha formado a la sombra del cerro y en la orilla del mar. Por lo mismo tiene su consistencia y su voluntad, sus recursos y sus senderos, sus agrias resacas y sus acogedores encalmamientos. Está abrigado de todos los maleficios de la ciudad, de todos los vientos calientes de la civilización, y no entrega tan fácilmente a la voluntad de los extranjeros su corazón desconfiado.



Un día, Sarmiento, le escribe desde Montevideo al doctor Fidel López, que se encuentra en Chile: «La historia entera de estos bloqueos y de estas interven-

ciones en el Río de la Plata, que traen exasperados los ánimos hispanoamericanos por todas partes, las leo escritas sobre el río mismo, en las calles y alrededores de Montevideo. Cubren la bahía un sinnúmero de bajeles extranjeros; navegan las aguas del Plata los genoveses como patrones y tripulantes del cabotaje; hacen servicio de changadores, robustos vascos y gallegos; las boticas las tienen los italianos; franceses son la mayor parte de los comerciantes al detalle. París ha mandado sus representantes en modistas, tapiceros, doradores y peluqueros; ingleses dominan en el comercio de consignaciones y almacenes; alemanes, ingleses y franceses, en las artes manuales; los vascos, con sus anchas espaldas y sus nervios de hierro explotan por millares las canteras de piedras; los españoles ocupan en el mercado la plaza de revendedores de comestibles; los italianos cultivan la tierra bajo el fuego de las baterías, fuera de las murallas, en una zona de hortalizas, cruzada todo el día por las balas de ambos ejércitos; los canarios, en fin, siguiendo la costa, se han extendido en torno de Montevideo en una franja de varias leguas y cultivan cereales, planta exótica, no hace diez años en aquellas praderas en que pacían los ganados hasta las goteras de la ciudad. Todos los idiomas viven, todos los trajes se perpetúan. No son argentinos ni uruguayos los habitantes de Montevideo, son los europeos que han tomado posesión de una punta del suelo americano.


Esa punta del suelo americano es la que permanece en guerra contra la campaña gaucha y la que al fin

domina al caudillo, imponiendo la voluntad del recinto amurallado en que se encerró el espíritu jurista europeo. Hacia la segunda mitad del siglo XIX comienza en intensidad la inmigración italiana. Ese sobrio caudal humano complica enteramente la vida pampeana y la desvirtúa en su composición primitiva, formándole una fisonomía diversa a la que tuvo en la primera mitad del siglo, cuando el caudillo Rivera personificaba el idealismo romántico de la libertad frente a la ciudad que concentraba la voluntad bizantina del doctor español.

Pero para vencer en definitiva, la ciudad se vale de todos los elementos de la civilización, con los cuales la población pampera no puede competir. La barbarie se estrangula con los rieles de acero. La máquina lleva hasta el interior la chispería de la modernidad. Penetra en las haciendas, extiende sus cables dominadores, limpia de aventuras el territorio, y va dejando en cada pago o en cada estancia, otros elementos de trabajo. Hombres venidos de otra tierra, laboriosos y con un agudo sentido de la realidad. Esta realidad es la que modela un nuevo tipo humano, la que subdivide la hacienda, la que aparta el ganado y da al vacuno un verdadero objetivo comercial. Perdida o limitada la extensión en que el aventurero era dueño y señor, y en ella podía dar libre curso a su libertad y a su arrogancia, el gaucho primitivo, va a inclinarse ante los representantes de la ley, los comisarios o ante los nuevos amos. Una hacienda ya no es la síntesis del valor individual, el refugio de las masas para los grandes días de las hazañas gue-

rreras. Es una comunidad reducida, en la que los hombres están contados como los animales, con su marca y su destino. La civilización que la ciudad echa sobre la pampa, por medio del ferrocarril y los agentes directos del gobierno acaba por reducir a las proporciones de un fenómeno natural la antigua y desorbitada vida de la libertad y del señorío dominador. Europa penetra por la ancha boca del «río como mar» hasta el corazón de la tierra; y junto con sus costumbres e instituciones, arroja el germen fecundo de una sangre emprendedora y ágil, llena de tradición y de vitalidad creadora. Infiltra sus nódulos y se impregna, a su vez, del virginal sentido de la vida americana.

Así se forma en la pampa la raza nueva. Desvanecido el prestigio del viejo dominador de todos los pagos—el gaucho de bota de potro, vincha, melena y lanza—se disgrega la tribu poderosa que en otro tiempo fuera la dueña de la vasta extensión esteparia. La política de la ciudad que logra acumular en una sola mano su robusto poder, domina el campo y lo somete a policía. Los representantes de la ley de la ciudad están en todas partes. El gaucho siente que la pampa se le va de los pies. Ya no hay extensiones que dominar. Las alambradas interrumpen con pinchos de acero la veloz arremetida del bagual, y el jinete, maldiciendo de los doctores, vuelve su brida para ir a ocultar su desmedrada humanidad en el rincón de la tapera, hecha despojo y ceniza. La tierra es ahora de todos.



Del lado del Pacífico la tierra encierra, como en un embudo, a sus habitantes. El hombre del cerro está sometido de antemano. Puede dar vueltas por entre sus breñales y encontrará siempre la muralla abrupta cortándole el paso. El extranjero entra sin recelo, pero no se funde fácilmente con la raza, como en el lado del Atlántico. Parece que la misma expresión adusta del paisaje, contiene el ímpetu del dominador rubio. Son otras razas, las que hicieron la nacionalidad o las que tienen similitud con ella, las que trenzan su existencia con la del aborigen. Pero no es la ley. La pampa tiene algo de la amplitud de la tierra prometida, especie de Canaan, en la cual los hombres llegados de otras regiones se incorporan rápidamente a su levadura. La pampa corrige al europeo y le infiltra los gérmenes de su avidez y de su fecundidad. Lo envuelve en su hábito. Lo hace suyo. Le entregó una fertilidad prodigiosa, una remuneración instantánea, casi fantástica que desconocía en Europa, y siente que del vaho que echan las llanuras verdes brota también esta sugestión silenciosa que lo transforma en un hombre de la tierra. La tierra pródiga chupa la sangre del que sobre ella vive inclinado. Ahora, esa raza cantora, errante, taciturna, romántica, es capaz de rápidas asimilaciones. Sin duda el germen musical, la nota entre angustiosa y sensual, algo áspera y solitaria, constituye un nuevo estímulo para aprisionar al europeo.

Ninguna región podía fascinar tanto como esa extensión sin riberas. La psicología del europeo, se asomó

como contenida por la tierra domesticada y subdividida de Europa. Había en las regiones del Plata una llanura fecunda, un pastizal milagroso, una región en que las vacadas crecían sin cuidado y se multiplicaban como por la acción de una fuerza invisible y prodigiosa. Con ser la tierra ancha, aplastante en su melancolía, en su taciturnidad, en su chatez, surgía de ella no sólo el germen rico, sino la melodía insistente, la bravura del habitante, su coraje y también su inmóvil silencio, sin espíritu, tan parecido al silencio hondo de la llanura.

Pero la tierra de las rinconadas y del repecho no fué tierra pródiga para las masas de europeos. Además, la propia tierra se negó en la voluntad de su habitante a mezclarse con el extranjero. Lo tenía siempre en la vera y aun cuando comprendía que su esfuerzo y su sobriedad eran superiores a sus condiciones, no lo toleraba sino porque en el trabajo se demostraba implacable, tenaz y lleno de recursos. El poblador de las regiones más fértiles vivía en colonias separadas del aborigen. Se negaba a los cruzamientos. No llegaba con la idea de fundir las sangres sino con la idea de hacer fortuna. No como en el lado del Atlántico para echar las raíces definitivas, sino con la transitoriedad que supone siempre un regreso de antemano establecido.

El italiano fué siempre dócil a la fusión en la pampa. Lo fué también en el lado del Pacífico. Es raza que sabe adaptarse y que, a su vez, modela. Pero otras razas buscaron los elementos afines para la unión. Algo había en la tierra y en el hombre que hacía difícil la

absorción, tan necesaria para la creación de grandes núcleos de población, renovados por la acción de la sangre nueva. El sur fecundo y el norte propicio a la aventura y a la riqueza fácil, acumularon inmigrantes. El centro era el valle fértil, que no sufrió sino pocas modificaciones al pasar de una etapa colonial de encomienda a una etapa de libertad política con el fundo o la hacienda que se traspasa como herencia en sólo algunas familias poderosas. El Sur generó grandes fortunas. Las hizo el norte también, en el horrible drama de la salitrera. Una región hostil como Magallanes, concentró, sin embargo, grandes núcleos de pobladores extranjeros que aprovecharon el nativo para las labores de la esquila o del pastoreo. Al norte, el caliche sacudió como una piltrafa a ese hombre aborigen que iba de todas las regiones de Chile a tentar fortuna en los desiertos del oro blanco. Regresaba, sin embargo, al centro o al sur de donde procedía, tan pobre como se había ido. La gran riqueza continuaba siendo la obra de los extranjeros capaces que dirigen o de los picapleitos que se pusieron al servicio de los poderosos.

Por esto, el embudo continuó en su celoso individualismo ajeno a la voluntad de otras razas. Había cierta soberbia pueril en proclamarse hombre de un país sin mezcla de sangres. Fatalmente se habían infiltrado algunas sangres desconocidas, pero la gran masa de población permanecía como un siglo atrás. Las primeras colonias de inmigrantes fueron recibidas con despego, casi con ira. Para la explotación de la tierra ha

bastado el nativo. Para las empresas industriales se han reclutado hombres nativos y este país del Pacífico es de los pocos que en su política no ha renovado sino tardíamente a sus conductores.

Sólo las grandes crisis económicas han hecho posible la entrada de elementos extranjeros, enriquecidos en el recinto amurallado de la familia. Quizá elementos de conformación y adaptación a las costumbres chilenas, han permitido que algunos extranjeros pobres se fundan con clases sociales más ricas. El extranjero ha sido siempre amigo de las clases poderosas, de las clases que gobernaron con un sentido duro y fuerte de la realidad, pero sólo para poder disfrutar ellos de la paz y del orden.



Así buscábamos, en la constante evocación, el espíritu de la tierra. No sentíamos la soledad cada vez que volvíamos los ojos y el pensamiento al rincón montañés, adusto y sobrio, del cual habíamos salido cruzando los ásperos cajones cordilleranos. Como los cerros, erguían sus perfiles enhiestos las pasiones y los sentimientos que informaban un país de tan singular expresión espiritual, acostado en el bajío, que se extiende entre un macizo bastión de montañas dentadas y un mar tormentoso que labra en el corazón, como en los acantilados, una perpetua huella de taciturnidad. En medio de los valles frescos y verdes, mirábamos extenderse la ancha ciudad capital, que parece brotar de la base misma de los primeros contrafuertes. Allí estaba asilado, como reco-

gido en una concha, el espíritu de la nación. Allí se encontraba la huella de la historia, más que en el campo cruzado por los caminos y los ríos. Como si el país no fuera más que esa ciudad que estrechan los cerros, y que se sale de madre en los valles que se extienden hacia el sur, todo gira en torno al recinto opulento, en el cual levantan su vuelo los edificios modernos.

Norte y Sur están como a la expectativa de esa capital. Como en los días más ásperos de su historia, de allí surgen todas las voces airadas o todos los recios empujones para arrojar sangre a las arterias silenciosas del territorio. La gran cabeza oscila entre las montañas. El mar bate lejos y los puertos están distantes de su influencia. Fué edificada en un valle, entre un río y unos cerros. Quedó así a cubierto de las invasiones del indio. Tierra fértil, tierra de vallados, todo lo tiene al alcance de la mano. Hacia el oriente se levantaba la mole gigantesca de nieve, que cerraba como una muralla, la ciudad fortificada. Hacia el poniente otra cordillera la defendía de los piratas. En un nido reposaba, como un guerrero de las fatigas de la jornada. Creció en áspera humildad, como un campamento. Fué apenas de madera. Trazó sus vías en cubos regulares y fué trepando y extendiéndose, a pesar de la inminencia de las invasiones y de los asaltos. Cuando pudo recuperar su ritmo la echó por tierra la naturaleza en un violento impulso de tragedia. Qué bien sentía entonces la serenidad del cielo, la parlera voz de las aves, el dulce son de los cantos monjiles.

Sus calles polvorientas se veían siempre cruzadas de soldados, de monjes y de magistrados. El monje estaba como en una casa. El soldado también. De allí salían unos fieros escuadrones hacia las tierras del sur, en cuya frontera rondaba y rugía la barbarie, el aborigen indómito.

La ciudad estaba lejos de todos sus dominios, pero era la ciudad ordenadora. Sobre todo lo largo del estrecho valle que corría entre dos cadenas de cerros, hacía sentir la fuerza de su señorío. Podían todas las regiones alzarse en armas, podían el norte y el sur, mover guerra a la ciudad devoradora; ella acabaría por rendir todas las arrogancias. No vivió aislada ni encerrada en sus bastiones y amparada por la seguridad de sus peñas hostiles. Cada vez que las necesidades de la guerra o del tributo se imponían para su seguridad y su subsistencia, la ciudad se movía como un carro de guerra, bien hacia las riberas del río sureño, que era frontera y término de la incipiente civilización, o bien hacia las tierras hoscas y desérticas, metálicas y duras del norte minero.

Un hilo firme de autoridad se tendía como un nervio entre una y otra zona. Así creció el espíritu unitario, la férrea ley de la ciudad jurista, guerrera y monacal, asiento de jueces, de capitanes, de obispos y de monjes. Nada inquietaba su escondido amor de intrigas, nadie osaba conmovér el arbolado en donde se asilaba la paciencia del arácnido que hila su tela y la ensancha por encima de la ramazón. Los caminos seculares le traían del norte los perfumes letárgicos de la ciudad virreinal,

y los caminos del sur, el fiero rezongo de las tribus rebeldes que el arcabuz acorralaba en los bosques y en las laderas de las cordilleras.

En el atardecer, brillaba sobre la ciudad el rosa diafanizado de la montaña nevada. Fluían de los huertos los aromas sutiles de las flores. Todos los cerros cercanos se obscurecían contra un cielo de maravillosa frescura. En las noches, la cordillera echaba sobre el campamento la blancura helada de sus neveras. Por las mañanas, la niebla envolvía los caserones y las puntas de las torres de donde caían como amortiguadas en el blando ensueño de la niebla, las gotas metálicas de las campanas. Los niños salían a veces a la calzada, negra de humedad, llena de trozos de espejos opacos, y quebraban entre gritos alegres, los cristales endurecidos por el hielo de la noche. La noche era soberana en la ciudad. Comenzaba con el toque de queda y nadie salía ya de su vivienda. Todas las calles morían de tedio y de terror.



Por el lado del Atlántico, Montevideo moderna, se envolvía en el atardecer en una luminosidad dorada. La luz llenaba todo el horizonte líquido y un cielo azul ceñía, como un cinturón, la ciudad radiada, cuyas avenidas verdes se encendían con el oro del sol. Tenía la aspiración de una ciudad europea. Vivía en plenitud comercial y en ansia de volcar sobre el río todo el prestigio que la rival había ensanchado como un pandemonio

en el interior del estuario. La ancha boca del puerto que fué sede del virreinato, se abría para devorar, como una ventosa, todo lo que Europa quería enviar, en hombres, en pasiones y en ideas. Buenos Aires pareció llenar con su influencia el río grande como mar.

En ocasiones, el viento del estuario hacía de la ciudad un torbellino. Abierta por todos lados, carecía de las defensas naturales con que las ciudades del Pacífico encajonan los ventarrones airados. La pampa arremetía, violenta, por sus calles y avenidas. Vencida en la voluntad de los caudillos doctores, le quedaba el espesor de sus ventadas calientes, como emanación del espíritu de la llanura, y con ellas penetraba en el recinto que nunca pudo dominar. Quería recordar a los hombres europeizados y europeizantes que ella aun vivía, aunque aprisionada por la alambrada de la civilización, en el estertor ululante de la protesta. Aquel viento arrastraba desde los antiguos pagos, desde las cuchillas que atravesaron las huestes del gauchaje o desde los breñales del norte, el alma indómita, bárbara y romántica que tembló en la lanza roja de sangre y en el lamento melodioso de la vihuela.

A veces sobre la ciudad se desplomaba la tormenta inesperada. Chubascos espesos de ceñida urdimbre caían con estrépito sobre las calles. Lluvias tibias, pasajeras, que recordaban el trópico. Por la noche el viento persistente arremolinaba las pasiones en los sitios de placer. Se erguía como una flecha la voluntad del goce. Y sin embargo, no se sentía el tumulto como en la ciudad

rival. Las calles se veían a menudo solitarias después de la media noche, y sólo en los lugares en que alumbraban o hacían señas los anuncios luminosos de los cabarets, bullía un poco de muchedumbre. Quedaba en la ciudad algo de la vieja ciudad militar, áspera y recogida en sus casernas, como en la espera de algún ataque sorpresivo de las tribus.

En algunas barriadas cercanas al puerto, mostraban su perfil fugitivo e inquisidor, algunos rostros africanos. Mulatos de tibio andar felino cruzaban sus calles. Signaban con una línea cobriza, como una rúbrica de canela, el esplendor blanco de Europa vencedora. En los rostros de algunas mujeres blancas abrían su cálida expresión de pampa o de huerta, los ojos apasionados de las criollas. Cuerpos robustos, de opulentas caderas que recordaban la tierra fértil, pródiga y acogedora.

En las playas no había más ondulación que las de los cuerpos de las mujeres que mostraban la viva belleza de sus líneas desnudas. La piel del color aceitunado, tostada por el viento y el sol, brillaba dorada y pulida. Había en ellas una nota jocunda, flexible, que cantaba bajo la luz. Una nota de felicidad sana y deleitosa como las frutas. El oleaje era apenas un encarrujamiento. La ribera no hervía y toda la playa semejaba un lago en calma. Agua tibia, agua sin gritos ni estremecimientos. Las caletas se sucedían unas a otras a lo largo de la ribera. Mostraban la maravilla de sus chalets y bungalows elegantes. La cinta del camino las

unía como un hilo, y a lo largo de ellas bullía la muchedumbre ávida de goce.

Arrastrados por la pasión del recuerdo, evocábamos la playas del Pacífico, en la ruda franqueza jadeante de un mar en perpetua ebullición.

Volvíamos a sentir aquel oleaje fantástico, aquel azul ceñido y profundo de los estíos, aquella golpada dura y espesa de sal contra el cuerpo, aquel lomo de la ola que se retorció sobre sí mismo antes de echarse sobre la arena y se embriagaba de sol, haciendo traslúcido su seno verde igual que una lámina veteadada de ónice. Y siempre aquel extraño mar cejijunto y alborozado a un tiempo que se precipitaba como un animal herido contra los acantilados, deshaciendo y perforando las rocas, ennobleciéndolas con el paciente recamado de un orfebre. Evocábamos los ásperos caminos cercanos al mar, labrados en las faldas de los cerros, en los cuales en una época distante, el mar cantó y taladró con la feroz paciencia de un titán esas grietas profundas que se internan bajo los cerros, oscuras y medrosas. Del hondor brota hacia afuera un hálito negro y salvaje que parece arrancar todo el misterioso soplo de dormidas leyendas aborígenes. Las rocas se ven hendidas por tajos formidables. Sus aristas duras y dentadas parecen vacilar bajo el peso de la montaña. El mar de otros días las hizo duras y graníticas y estampó en ellas la soberbia de sus gritos y el temblor de sus victorias secretas. Dejó en ellas, en sus altas paredes oblicuas, en sus hendeduras dantescas, en sus arrugas teñidas con la herrumbre sangrienta

de los musgos, en sus arquerías repujadas, el eco dormido de los rezongos que la voz humana despierta con un murmullo sordo y casi irónico. . .

Pero ya en pleno aire libre, fuera de las grutas con que el Pacífico ha decorado sus riberas, volvíamos a ver, en la evocación, las caletas luminosas que se abrían en estrechas herraduras. Sobre ellas caía como una fulguración cegadora la luz cruda del mar del sur. Unas lejanas puntas cerraban el horizonte y las rocas brillaban al sol internándose en lo más profundo del mar como si fueran los espolones de barcos gigantescos. Otras puntas más lejanas cubiertas de suave neblina, idealizadas por la lejanía, mostraban en la base una fimbria de inmóvil espuma. En la orilla desplomaban su cólera unas olas poderosas e hirvientes que rompían en sordos retumbos cubriendo de movientes neveras el flanco carcomido de las rocas. . . Al sol estaban tendidas como monstruosas telas de arañas las redes de los pescadores. Lanchones podridos cabeceaban en la orilla, mostrando sus vientres agrietados por las marejadas y contaban en sus cuadernas roídas la historia breve y brutal de la lucha contra un mar sañudo y violento.

Aquella raza pampera había formado en el interior del territorio la sed romántica de la aventura. Esta raza de pescadores se había formado a la orilla del mar, en el jadeo continuo y la arrogancia tenaz y anónima, sin hazañas, sin caudillos, con la sola voluntad paciente de la lucha contra la naturaleza.

En aquellas playas serenas, playas de río y de mar,

quietas y dormidas, podía sentirse la conmovedora belleza de la vida que juega con su destino limpio, entrecruzada por los vientos de la civilización europea, siempre presente. En las riberas del Pacífico, del sur, una raza sobria y resistente, se impregnaba con el agrio jadeo del mar y sobre él buscaba la vida y la muerte. Para alcanzar la vida civilizada, el pescador debía traspasar la cordillera que le cerraba el paso hacia el valle, hacia las ciudades dormidas entre las rinconadas. Sus marinos improvisados habían recorrido la costa hasta los mares calientes del trópico y regresado con las velas sucias y desgarradas al seguro abrigo de sus puertos primitivos. Volvían sin dar importancia a su hazaña, sombríos como siempre y resignados con la suerte. Muchos no volvían jamás. Un golpe traidor, una ventada sorpresiva o un espolonazo en la noche insegura al penetrar a puerto, destruía las vidas de los anónimos aventureros... y al fondo del mar iba a dar la embarcación que habían construido pacientemente con la madera perfumada de sus bosques aborígenes.

Así era la gente de este país tan pegado al mar, tan estrechado contra la cordillera, tan oprimido por la doble presión de las cadenas de cerros, por entre las cuales discurría una casta vigorosa, paciente, pronta para la pelea, ávida de subir la sinuosa montaña. . .



En ambas orillas la concepción casera de la política, formó los caudillajes. En ambas, un sentido humano sin historia, hizo de la vida una historia sin sentido. En una, el pueblo se formó en la llanura libre, y fué luego dominado por el poder de la ciudad, hasta tumbarlo vencido sobre su propia heredad. En la otra, la capital dominó sobre un pueblo vago e informe, como que desde los orígenes fué condenado a la servidumbre y sólo creció en la voluntad de los caciques que lo ordeñaron en los comicios electorales preparados todos en la capital. Cuando la capital que era europea en ambos, por lo menos por el espíritu, necesitaba de la campaña, iba hacia ella y reclutaba a los hombres necesarios. La tradición del hombre del campo se ahincó en su propia tierra. No tenía otra, puesto que no le habían dado otra. Sentía su tierra, a la cual estaba adherido por la fertilidad o por el sacrificio que costaba vencerla. Su tierra era el trozo reducido en el cual crecía la siembra. La tierra del otro era la vastedad alucinante y libre en la cual se movía la inmensa población vacuna. Uno lo tenía todo al alcance de su mano. El otro debía trabajarlo denodadamente. En ambos pueblos pastoriles, la ciudad ordenaba. Todo el caudal del pueblo era la llanada o la extensión arrugada de las sierras. Vivían en un nido, sin saber qué vientos corrían entre los doctores. A veces vivían, penaban y morían sin haber comprendido por qué tanto sacrificio. Pero les bastaba a unos, el bagual y la corambre, la lanza para defender la tierra y la vihuela para llorar al cielo una quejumbre impregnada

de amor y de esperanza. Al otro, el caballejo vivo y nervioso, la cantimplora de harina de trigo, el saco henchido con sus pilchas, el corvo filudo para la defensa, la cuadra de terrenito y una guitarra para que en ella punteara la hembra sus versainas de amor. Debajo del poncho temblaba el rudo corazón dominado por la ciudad a la cual llegaba de vez en cuando, sin miedo, sin temor y se acorralaba en el suburbio, junto con el guaina y la prostituta, el soldado franco y el patrón de la cantina, viejo cuatrero a veces, que había venido del campo a convertirse en caballero.

